

# El viaje de Rosita

Ángela Sofía Rosero Romo

Estudiante de la Maestría en Pedagogía, 3.<sup>er</sup> semestre

Hace mucho tiempo, en un pequeño pueblo rodeado de montañas y flores, vivía una abuelita llamada Rosita. Ella era conocida por todos como la abuelita más noble y gentil que el pueblo haya visto, pues todos la consideraban una buena vecina. Su risa era como música, y su corazón, como un cálido abrigo en un día frío, siempre seguro y lleno de amor.

Cada mañana, Rosita se despertaba temprano para cuidar de su jardín, donde cultivaba las flores más hermosas ya que, en cada Navidad, su casa se transformaba en un lugar mágico, donde con su amor y dedicación, lograba decorar su hogar con luces brillantes y espectaculares adornos coloridos.

Rosita pasaba sus días ayudando a los vecinos. Y siempre tenía una palabra amable y un consejo sabio para ofrecer. Los niños del pueblo la querían mucho, y al igual que ella, siempre esperaban ansiosos la Navidad, pues Rosita hacía unas ricas galletas de chocolate que a todos encantaban, y con ayuda de la luna y su bella luz, después de orar y cantar las novenas de Navidad, se sentaban a su alrededor para escuchar las historias que contaba sobre su juventud, llenas de aventuras y enseñanzas.

Rosita, además, era una gran viajera. Le encantaba explorar nuevos lugares y conocer diferentes culturas; siempre quedaba fascinada con cada lugar que visitaba, pues sus ojitos no podían entender qué lago tan maravilloso estuviera frente a ella. Rosita, de una u otra manera, encontraba y lograba traer un pequeño recuerdo de cada lugar que visitaba; ese era el secreto de su bello jardín.

Era un 12 de septiembre cuando Rosita se disponía a preparar un rico y caliente chocolate; de repente, sintió cómo su manito dejó de responderle; un

escalofrío recorrió su cuerpo, y el vaso que sostenía se deslizó, estrellándose contra el suelo y esparciendo el chocolate por toda la cocina.

Confundida y asustada, Rosita intentó mover su brazo, pero la debilidad se apoderó de ella. Se sentó en una silla cercana, mientras escuchaba cómo su corazón latía con intensidad mientras una sensación extraña la envolvía. Con mucho esfuerzo, miró por la ventana, donde la nieve caía suavemente, cubriendo el mundo exterior con un manto blanco, y con ella, sus bellas flores que con mucho esfuerzo cuidaba. En ese momento, se dio cuenta de que algo no estaba bien.

A medida que pasaban los minutos, la debilidad se intensificó, y una tristeza profunda se comenzó a apoderar de su mente y su corazón. En ese momento, empezó a recordar todos los momentos de felicidad que los vecinos, los niños y su hogar le habían brindado, pues su pequeña y acogedora casita, estaba llena de risas y alegría, y le partía el corazón pensar en que ella no estaría más, pues había dedicado su vida a cuidar de los demás. Pero ahora, se sentía sola y vulnerable, como si el calor de su corazón estuviera apagándose lentamente.

Con un esfuerzo, se levantó y se dirigió a su habitación. Allí, rodeada de recuerdos de tiempos felices, se sentó en su cama y cerró los ojos. En su mente, evocó las risas de los niños, las historias contadas junto a la luz de la luna y las fiestas que solía organizar con sus ricas galletas de chocolate. Pero, a medida que los recuerdos llegaban, también sentía que el tiempo se le escapaba entre los dedos.

Decidida a no rendirse, Rosita tomó una profunda respiración y se levantó. Sabía que debía buscar ayuda, no solo para ella, sino también para mantener viva la chispa de amor que había compartido con su comunidad. Con un esfuerzo y con una venda que envolvía su mano, salió de su casa y se dirigió al pueblo, donde la gente la esperaba con cariño.

Al llegar, se encontró con algunos de sus vecinos, quienes la recibieron con sonrisas y abrazos, sin imaginar lo que Rosita estaba sintiendo. A pesar de la calidez de su bienvenida, una sombra de tristeza y dolor invadía su corazón. Mientras intercambiaban palabras amables y risas, ella sonreía, pero en su interior, una lucha silenciosa se libraba. Rosita se desvaneció en los brazos de sus vecinos, quienes, alarmados, rápidamente la llevaron al hospital. El trayecto fue un viaje angustiante de emociones; el sonido de las sirenas resonaba en sus oídos mientras sus amigos intentaban mantener la calma, pero la preocupación era palpable en el aire.

Cuando llegaron, los médicos la recibieron de inmediato, llevándola a una sala de emergencias. Sus vecinos, aún impactados, se quedaron en la sala de espera, intercambiando miradas llenas de incertidumbre y preocupación.

Fue así como un 12 de septiembre, siendo las 3 de la tarde, Rosita dejó este mundo; sus vecinos no podían creerlo y los niños del pueblo lloraban desconsoladamente; la trágica noticia se esparció rápidamente, como un eco triste que resonaba en cada rincón del pequeño pueblo. La casa de Rosita, que siempre había estado llena de risas y alegría, empezó a apagarse, tornándose vacía y sombría.

El cuerpo de Rosita dejó este mundo, y su alma viajaba tan libre como ella siempre lo fue. Rosita abrió los ojos y ya no estaba en el pequeño pueblo, pues sus ojitos contemplaban el lugar más hermoso que hubiera podido ver; estaba el paraíso, donde un grupo de ángeles la esperaba con los brazos abiertos. “Bienvenida, querida Rosita”, dijeron. “Tu amor y bondad han iluminado la Tierra, y ahora es tiempo de que compartas tu amor y alegría aquí con nosotros”. Rosita sonrió, sintiendo una paz profunda en su corazón.

Aquel día fue el más triste para el pueblo, pues su casita jamás logró ser igual; sus flores se marchitaron, la luna triste por su partida no volvió a brillar; nunca nadie volvió a comer las ricas galletas de chocolate, y aunque el pueblo decidió rendirle un buen homenaje a Rosita, su ausencia se sentía profundamente.

Al pasar del tiempo, los niños crecieron, pero nunca olvidaron a Rosita.

Cada año, en el aniversario de su partida, el pueblo se reúne para celebrar su vida, haciendo un símbolo navideño, honrando la Navidad como a ella le gustaba, pero, sobre todo, para agradecer a Dios por permitirles conocer a una de las personas más bellas que nació en este mundo, recordando las lecciones de amor y amistad que ella les había enseñado. Así, Rosita se convirtió en un símbolo de unidad y esperanza, y en la luz más linda del cielo que acompaña a su amiga luna.

Fin

Enseñanza: aunque la vida puede ser efímera, el amor que compartimos perdura para siempre.

Posdata: dedicado a mi hermosa abuelita Rosa que partió un 12 de septiembre, dejando mi alma triste, pero recordando siempre su amor. Te amo, Rosita linda, donde quiera que te encuentres.